

Estados Unidos ante la nueva Europa

Joaquín ROY*

1992 iba a resultar una fecha más significativa que la tolerada por los escépticos ante los planes de integración europea o los reacios a las conmemoraciones históricas. Como la fatídica cita del año 1000 temida por los europeos del medioevo, los norteamericanos parecía que esperaban el fin del orbe, al menos como antes se conocía. En 1992 no solamente se celebrarán los Juegos Olímpicos en Barcelona, la Exposición Universal en Sevilla, y el aniversario de Colón servirá para que los políticos norteamericanos exploten la fecha tanto para regocijo de sus votantes hispanos como de los italianos. Sin embargo, resulta ahora que para el primero de enero de 1993 no solamente se preveía una Europa más unida, sino que, desde noviembre de 1989, es ya potencialmente más amplia y compleja. Es un nuevo aniversario que representa un desafío inédito para la percepción norteamericana.

I

La Revolución de 1989

La percepción y las reacciones norteamericanas ante los radicales acontecimientos europeos pueden dividirse fundamentalmente en tres etapas nitidamente distinguibles, aunque con ramificaciones comunes:

1. Durante los últimos años del mandato de Reagan se observaba con cautela el consenso europeo que culminará con el acuerdo para cumplir en

* University of Miami. Monografía encargada por la Conferencia Internacional sobre Estudios Europeos y Educación Internacional, patrocinada por el Goethe Institut, celebrada en el Colegio de Europa de Brujas, Bélgica, del 13 al 16 de junio de 1990. Dejo constancia de mi agradecimiento a Juan José Santos (Agregado cultural de la Embajada de España en Bélgica), Dietrich Sturm (Director del Goethe Institut de Bruselas), y Bern Thum (Universidad de Karlsruhe), por el apoyo recibido.

1992 con las directrices del Acta Única acordada en 1986. Simultáneamente, también con reservas, se estudiaban los planes de reforma y desarme propuestos por Gorbachov desde 1985. Salvo las investigaciones de los centros especializados de estudio, las preocupaciones del Pentágono acerca de la futura organización de la OTAN o los quebraderos de cabeza que la Europa unida supondría para las compañías norteamericanas, no se observaba un cambio notable de actitud norteamericana hacia Europa, más que la tradicional continuidad.¹

2. Durante el primer año del Gobierno de Bush, la confluencia de los planes de la Comunidad Europea y los cambios revolucionarios en la Europa Oriental tomó por sorpresa² tanto a políticos como a analistas. En noviembre se produjo la «Revolución» (la historia decidirá si suprime las comillas) y con ella llegó la concienciación de que se esfumaría el enemigo natural (la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia) y que simultáneamente surgiría un entramado europeo mucho más complejo que el visionado por el Acta Única.³ El breve encuentro entre Bush y Gorbachov en Malta simbolizó el fin de esta etapa, y también de una época. Si sirve de barómetro, recuérdese que la revista *Time* declaró a Gorbachov no solamente «hombre del año» sino «de la década», y lo honró con una portada en la que aparecía su faz con apariencias pétreas.⁴

3. Desde primeros de 1990, sobre todo a raíz de las propuestas radicales del líder soviético en lo que respecta a la transformación del sistema político interno,⁵ el imparable proceso de unificación alemana⁶ y el reforzamiento de los planes europeos (con la consiguiente preocupación norteamericana),⁷ se pasó ya a una tercera fase decisiva en la que el Gobierno recibió la presión para actuar, al tiempo que los centros universitarios, intelectuales y de opinión pública se veían obligados a reformar sus percepciones y actitudes.⁸ Como más

1. Para una muestra de la percepción norteamericana justamente en la alborada de los cambios en la Unión Soviética, véase la sección especial publicada por *The Washington Quarterly*, bajo el título de «Western Europe: Center or Periphery», Winter 1985, que incluye los siguientes trabajos: Curt Gasteyer, «New Dimensions of International Security», p. 85-92; Christopher Coker, «The Peace Movement and its Impact on Public Opinion», p. 93-106; Michael R. Gordon, «Mood Contrast and NATO», p. 107-130; Richard E. Darilek, «Building Confidence and Security in Europe: The Road to and from Stockholm», p. 131-140.

2. Los analistas políticos de la prensa se apresuraron a comparar la ausencia de acción de Bush con la misma carencia de Kennedy ante la crisis de Berlín (David Nyhan, «Presidents Kennedy, Bush caught off guard as Germans built, tear down the Berlin Wall», *The Miami Herald*, Nov. 14, 1989).

3. Como muestra de la literatura de los últimos meses: Gary Clyde Hufbauer, ed. *Europe 1992. An American Perspective*. Washington, D.C.: Brookings Institution, 1990.

4. Jan. 1, 1990.

5. El tratamiento en la prensa norteamericana fue y sigue siendo exhaustivo. Véase «The Soviet Empire. Special Section», *Time*, March 12, 1990.

6. Unas recientes muestras incluyen: Christoph Bertram, «The German question», *Foreign Affairs*, Spring 1990, p. 45-62; y Ronald D. Asmus, «A united Germany: Foreign Affairs», Spring 1990, p. 63-76. En la prensa, sirva el ejemplo de «Anything to fear?», *Time* (March 26, 1990) y «Beware Deutschland über alles», *The Miami Herald*, Nov. 15, 1989, reproducido del *Washington Post*.

7. Como ejemplo de la obsesionante atención hacia este tema, véase el trabajo de Leigh Bruce titulado «Europe's locomotive», *Foreign Policy*, 78, Spring 1990, p. 68-90.

8. Como sintoma de esta corriente de pensamiento, véase el artículo de Charles William Maynes, «America without the Cold War», *Foreign Policy*, No. 78, Spring 1990, p. 3-25. En los meses inmediatamente anteriores al desplome del imperio soviético en la Europa Oriental, se recomienda

destacable de ser «noticia» en el sentido estricto de la palabra, conviene meditar sobre el hecho históricamente inédito acerca de la conveniencia para los líderes norteamericanos de ayudar a un dirigente soviético.⁹ Pero la inacción pareció ser la política a seguir, cuando no la falta de reciprocidad ante las medidas tomadas por los soviéticos: Washington parecía exigir la restauración de los Romanov al trono.¹⁰ Una afortunada metáfora señalaba que el presidente norteamericano se asemejaba a un viajero que siempre llegaba tarde a la estación cuando el tren ya había salido del andén.¹¹ Estos acontecimientos provocaron reacciones simultáneas que podrían reducirse a las siguientes:

- Estados Unidos había ganado la guerra fría, pero no se sabía cómo celebrar el triunfo.
- Un sentimiento de miedo ante lo desconocido se apoderó de los centros de poder¹² y los medios de comunicación.
- Se recrudeció la polémica iniciada después de 1914 entre los polos intervencionistas y los aislacionistas, pero esta vez en un contexto diferente, debido al debilitamiento del contrincante secular.¹³
- Se descubrió la indefensión americana con respecto a sus conocimientos de la realidad, no solamente presente, sino hipotética.

La historia recuerda que Estados Unidos se fundó en unos conceptos luminosos y razonables forjados por mentes ancladas paradójicamente en su origen intelectual de la Ilustración europea. De ahí que colocaran en su enseña las estrellas blancas masónicas, señas de cultura y búsqueda de la felicidad. Luego vieron cómo la estrella roja le hacía la competencia e intentaba atraer las miradas de todos los destituidos del planeta (la mayoría). Pero, mientras Gorbachov reconocía el fracaso y desmontaba el andamio comunista, Washington miraba con aprehensión el ascenso de los doce (o más) astros de color amarillo sobre fondo azul de la Comunidad Europea.

Se palpaba (y se palpa) la preocupación sobre lo que puede representar para Estados Unidos la construcción de una Europa unida y amplia al otro lado

el repaso de los siguientes trabajos: Stanley Hoffman, «What should be do in the world», *The Atlantic Monthly*, october 1989; Burton Yale Pines, «Waiting for Mr. X», *Policy Review*, Summer 1989; y también el más lejano de Henry Kissinger y Cyrus Vance, «Bipartisan objectives for American foreign policy», *Foreign Affairs*, Summer 1988.

9. David Aikman, «What if the Soviet Union Collapses?», *Time*, Dec. 25, 1989; Zbigniew Brzezinski recomendaba pensar en maneras de ayudar a que la perestroika no fallara («E. Germany blooms...», *The Miami Herald*, Nov. 12, 1989, reproducido del *Washington Post*).

10. Strobe Talbott, «Reciprocity at Last», *Time*, Dec. 11, 1989.

11. R.W. Apple Jr., «Navigating the Future: a New Europe comes into focus for George Bush», *The New York Times*, 6 mayo 1990.

12. Raymond G.F. Seitz, Subsecretario de Estado para Asuntos Europeos y Canadienses, describía así ante un subcomité del Senado la situación: «... rapid change by its nature is volatile, and, therefore, an imperative characteristic for our policy at this moment is steadiness» («Europe: A Climate of Dramatic Change», *Current Policy*, No. 1220).

13. Como muestra de la temprana literatura que postula el aislamiento, véanse: Alan Tonelson, «On Democrats», *The National Interest*, 16 (Summer 1989); Patrick Buchanam, «Messianic Globaloney», *The Defense Democrat* (November 1989); «The New, Improved Ready-for-Prime-Time Insolationism», *American Purpose*, 3:8 (October 1989), p. 60-61. Otras voces invitan al análisis más detenido y la recomendación para que los Estados Unidos no caiga en cualquiera de los dos extremos: William G. Hyland, «America's new course», *Foreign Affairs*, Vo. 69, No. 2 (Spring 1990), p. 1-12.

del Atlántico, mientras en el Pacífico ya Washington tiene que lidiar con otro frente, el del Japón y otros países en vías de convertirse en las fábricas de la civilización post industrial, como Korea, Singapur, Taiwan y Hong-Kong (aunque esta colonia está en camino de sufrir drásticas transformaciones en 1997), llamados los cuatro tigres. Agotada la frontera del Oeste, fracasado el destino manifiesto hacia el Sur, dificultoso el regreso a contracorriente del viaje del sol, los Estados Unidos se sienten reticentes y temerosos ante una nueva exploración económica del planeta.

El fin de la guerra fría y la crisis de la historia

Estados Unidos ganó la guerra fría: no es solamente una frase atribuida¹⁴ a George Bush en el crepúsculo del mandato de Reagan, sino la descripción más acertada del proceso político que culminó en noviembre de 1989. Pero fue una victoria de las ideas y no de las armas (o del potencial uso de ellas),¹⁵ como tantas veces ha ocurrido en la historia desde que los subversivos y heterodoxos del siglo de las luces se sublimaron en tantas revoluciones malogradas (desde la francesa hasta la cubana, pasando por la soviética y la congelada mexicana). Mientras los golpes de piqueta arañaban el cemento armado de Berlín, un joven abría una lata de cerveza encaramado al muro, y se ofrecían ramilletes de flores a los antes temidos Vopos, los guardias fronterizos. Los berlineses orientales corrían raudos a los bancos federales para recibir unos marcos con que asaltar los almacenes: la estatua de la libertad que tantos estragos había causado en una plaza pequinesa se había transfigurado curiosamente en una cajera berlinesa.

Tras la borrachera y la estupefacción, en los Estados Unidos se procedió (precipitadamente en los medios de comunicación, lentamente en los intelectuales y las universidades; mientras la administración permanecía enmudecida) a la revisión de la historia (cuando no a su embalsamamiento)¹⁶ y al análisis

14. Margaret Thatcher ya reclamó la victoria en 1989 (según entrevista revelada por la columnista de *Newsweek* Meg Greenfield («It's Wasn't War, Isn't Over», *The Washington Post*, Tuesday, April 10, 1990).

15. Para un breve repaso de este debate, véase el ensayo mencionado de William G. Hyland, «America's new course», p. 4 y 6.

16. Repárese la polémica suscitada por la publicación del artículo de Francis Fukuyama, titulado «The End of History», *National Interest*, no. 16 (Summer, 1989): 3-18; y su secuela, «Fukuyama replies to his critics», *National Interest*, no. 18 (Winter 1989/90): 21-28. Como ejemplo de la recepción en círculos intelectuales y universitarios de asuntos internacionales, véase el análisis de Kenneth E.W. Thompson, «History as an End or New Beginnings», *Mediaterranean Quarterly*, Vol. I, No. 1 (Winter 1990), p. 111-126. Ejemplo de una lectura soviética: Henry Trofimenko, «The end of the cold war, not history», *The Washington Quarterly*, Vol. 13, No. 2 (Spring 1990), p. 21-35. Título y expresión hicieron fortuna, sin embargo: «The end of history?», comenzaba un sesudo editorial del *New York Times* («After Eastern Europe's Spring», Dec. 29, 1989). Conviene recordar también que el ensayo de Fukuyama tiene un precedente clásico en el debate de las ideas políticas de los Estados Unidos, del que saldría la adaptación del título: *The end of ideology* (Cambridge: Harvard University Press, 1960), de Daniel Bell (se recomienda la lectural del capítulo-apéndice de la última edición de 1988, en el que el autor repasa el impacto y lo que considera incorrectas lecturas de su libro). Sobre el ensayo de Fukuyama, en los medios españoles, se recomienda consultar el suplemento especial de *El País*, subtítulo «El triunfo del liberalismo», de 21 de diciembre de 1989. Abierto por la versión

de las opciones del futuro. Por una parte, se recordó a los que fueron sacrificados para ganar la última guerra romántica de Estados Unidos, la que terminó con el lanzamiento de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, y con los juicios de Nuremberg. Fue de verdad una guerra santa, pero el reparto de los despojos de Europa tras la victoria de 1945 había empañado el triunfo aliado y la muerte de tantos norteamericanos que no vivieron para contarlo. Por eso, cuando Moscú se rodeó de un anillo protector de satélites y se dispuso a liberar al planeta de los males del capitalismo, Estados Unidos no pudo más que empantañarse en una lucha que no tendría vencedores ni vencidos y que sería conocida con el eufemismo de «Guerra fría», compuesta por una serie de capítulos calientes cuyos protagonistas serían los aliados de las superpotencias (en Oriente Medio y en África), o éstas directamente (en Afganistán y en Vietnam). Mediante la definición de los valores norteamericanos por la simple negación del marxismo, Estados Unidos había apostado a la ausencia de ideología como alternativa para ella.

El complejo de culpa misionero

Con la excusa de la amenaza de la hoz y el martillo, se procedió (tergiversando el mensaje de George Kennan, que solamente había propuesto una modesta contención y que ya advirtió acerca de la congénita debilidad de la Unión Soviética) a la caza de brujas del Senador Joseph MacCarthy, un episodio vergonzoso que quedará en la historia de Estados Unidos como un borrón difícil de lavar. Representó la venganza de los conservadores ante lo que percibieron como debilidad de Roosevelt en Yalta, y también para castigarle por su osadía con el «New Deal». ¹⁷ En nombre del anticomunismo se apoyaron regimenes europeos impresentables como el griego de los coroneles, el portugués de Salazar y el español del franquismo; en aras de la estrategia mundial o petrolera se hizo la vista gorda ante la dictadura turca, se bendijo la autocracia medieval de toda la zona arábiga, y se jugó con fuego en Irán; finalmente, se toleraron las sucesivas o eternas dictaduras militares o familiares de América Latina, política ya en los ochenta legitimada por la doctrina Kirkpatrick, quien embelesó a Ronald Reagan con un artículo antológico, ¹⁸ gracias al ridículo con que se retiraba Carter. Cuando ya se ha extendido el certificado de defunción de la doctrina Breznev («cuando un país se hace comunista, permanece comunista») y la ideología radical marxista puesta en práctica se ha enfrentado a su propio fracaso, Washington solamente pudo responder con cautela y mesura. Nobleza obliga.

Los vociferantes creyeron (todavía creen) que había llegado su hora de los

castellana de la respuesta de Fukuyama, incluye artículos de Noam Chomsky, Robert Cottrell, Pedro Schwartz, Vicente Urbistondo, Artemio Baigorri y Ludolfo Paramio.

17. Jason DeParie, «The Bitter Legacy of Yalta: Four Decades of What- Ifs», *The New York Times*, Nov. 26, 1989.

18. «Dictatorships and double standars», *Commentary*, Vol. 68, No. 5 (November 1979), p. 34-35. Para una revisión del contexto en que surgió, véase el artículo de Brad Roberts, «Human rights and international security», *Washington Quarterly*, Vol. 13, No. 2 (Spring 1990), p. 65-75.

cuchillos largos y la venganza de la economía de mercado en su estado puro,¹⁹ pero se enfrentaron a un país con gravísimos problemas internos: un déficit de proporciones galácticas, un creciente desempleo funcional que solamente es paliado por la ampliación de una economía sumergida que incluye el comercio de drogas, y unos enfrentamientos ideológicos (aborto o integración racial) que amenazan con hacer desaparecer por el foro a figuras políticas.

Al sur, donde los partidarios de la contrainsurgencia creyeron un día que las guerrillas urbanas y rurales eran mero apéndice de los apoyos moscovitas y habaneros (y no resultado de la insoportable carencia de justicia social), queda un continente que amenaza con engullirse por migración a los Estados Unidos o diluirse en unos enfrentamientos internos, ahora que la alternativa marxista no es viable. Caída la hoz y enterrado el martillo, la frustración de los destituidos se convertirá en desesperación, como en El Salvador. La utopía de Sendero Luminoso es solamente una muestra. El chantaje del narcotráfico a Colombia es la otra cara de la misma moneda, a la derecha. Marx diría hoy, como Ortega y Gasset ante la II República española, que «no es eso, no es eso».

Mientras Bush se reunía con Gorbachov en Malta, el mundo se preguntaba si todo sería diferente al día siguiente. Ni España se levantó republicana el 14 de abril de 1931, ni Marx murió en 1989, ni los rascacielos de Wall Street se agrietaron como el muro de Berlín. Pero había que fundar *un nuevo* orden en Malta. Bush se sentaba con lastre: no quería resbalar pues ya estaba en campaña para la reelección de 1992. Managua y La Habana estaban en su agenda: cualquier concesión a Gorbachov pasaría por el compromiso de abandonar progresivamente a los sandinistas, vía Fidel, y el beso de la muerte al mismo. Pero jugar estas cartas de poca monta le dejaría indefenso en el mayor contexto de la libreta de Gorbachov: su concepto de la casa europea común. En el plano ideológico, una finlandización (en mitad de los ochenta se aludía también a la «holanditis» y a la «dinamarquización»)²⁰ de Europa equivalía a la descafeinización de la victoria moral lograda en Berlín. A nivel estratégico, una Europa sin tropas norteamericanas siempre será Europa, pero no podía haber nunca una Europa sin tropas soviéticas: son las realidades geográficas. En mayo de 1990, aprovechando su discurso de graduación en la Universidad estatal de Oklahoma, recordaba que Estados Unidos debía seguir siendo un poder europeo, desde el punto de vista militar. Siempre habrá de contar con el «complejo militar-industrial» (al que tanto temía Eisenhower, después de haberlo generado como un Frankenstein). Senadores y congresistas, que responden no a su partido sino a sus votantes locales, no le perdonarán el cierre de una sola base o la jubilación de misil alguno.²¹

19. James McCartney, «Capitalism ripe for "other shoe" to drop?», *The Miami Herald* (Dec. 4, 1989). Citando a Fritz Stern de Columbia University, y Heilbruner, duda que «la enfermedad del contrario demuestre la buena salud propia», al tiempo que haber ganado la «guerra» no garantiza el conocimiento del futuro.

20. Christopher Coker, «The Peace Movement and Its Impact on Public Opinion», *The Washington Quarterly*, Winter 1985, p. 98.

21. «Yes, Virginia, President Eisenhower wars right: There is a military-industrial complex», decía sarcásticamente James McCartney, en «Peace prospectus offers big dividends», *The Miami Herald*, Nov. 27, 1989. Manfred Woerner, Secretario General de la OTAN, declaraba que la organización no podía seguir funcionando como antes («Parting the curtain», *The Miami Herald*, Nov. 12, 1989).

Mientras los berlineses cruzaban el antes impenetrable muro de Berlín, se procedía a la botadura del nuevo portaviones norteamericano que lleva el nombre de Abraham Lincoln. Fue una semana de coincidencias: el presidente que tuvo que hacer una guerra civil para preservar la Unión y oponerse a la esclavitud, al finalizar la contienda, contra las ansias de venganza de algunos de sus colegas, prometió generosidad para todos y malicia para nadie. Resulta paradójico que los dos enemigos viscerales (Japón y Alemania) de los norteamericanos en la II Guerra Mundial, contra los que desencadenaron una guerra sin cuartel hasta que su máquina bélica fue destruida, contra los que implacablemente no cesaron hasta que juzgaron y condenaron a sus culpables líderes, y contra los que lanzaron las únicas bombas atómicas jamás tratadas contra seres humanos, se convirtieron con el paso del tiempo en los aliados más decididos de Estados Unidos y también sus más leales competidores en el arte de los negocios.

En el Japón, la sabiduría de MacArthur (cuando todavía respetaba a Truman) obró el milagro de no provocar las ansias de revancha del vencido. Con la Alemania prostrada de 1945, el milagro fue ejercido mediante el Plan Marshall, que en lugar de obligar al derrotado a pagar una deuda imposible durante generaciones (aunque se hizo merecedor de un castigo ejemplar) «lo recompensó» con donaciones y créditos, hasta que se convirtió en el mejor cliente y en el mejor amigo.²² Nada tiene de extraño, por ejemplo, que el país al que Reagan anteayer llamaba «el imperio diabólico» se convirtiera en objeto de atención y futura misericordia. Quizá solamente se le pida lo que Isabel la Católica exigió a los musulmanes y judíos como condición para que se quedaran en la península: la conversión, o sea, el paso a la ideología liberal, la democracia en el sentido amplio de la palabra, el juego que comprende elecciones libres, pluralismo y respeto de opiniones, sobre todo la expectativa de alternativa.

II

Observando el nuevo mapa europeo

La rapidez de los acontecimientos en el Imperio Soviético descubrió la imprevisión norteamericana. Sus líderes y las fuerzas sociales debieron elegir en su tradicional oscilación pendular entre aislamiento e intervencionismo.

La cultura política norteamericana había abandonado el continente europeo al limbo académico de las humanidades y de algunos centros de estudios estratégicos e internacionales que producían una literatura poco menos que testimonial (siempre girando alrededor de los ejes de la OTAN y la amenaza soviética)²³ o se había concentrado en el estudio geopolítico de la periferia

22. Este aire «misionero» salió a la superficie de nuevo en cuanto a la ayuda de la Europa Oriental. Bush propuso en envío de un nuevo Cuerpo de Paz, llamado «Citizens Democracy Corps» (Discurso de la ceremonia de graduación en la Universidad de Carolina del Sur, Columbia, 12 mayo 1990).

23. Como ejemplo de este obsesionante tema, véase la primera monografía del «project on European-American Relations» del Council of Foreign Relations de Nueva York, *Nuclear weapons in Europe*, Andrew J. Pierre, ed. (N.Y.: Council of Foreign Relations, 1984). Véase en el apéndice bibliográfico una selección de libros de la última década.

donde se libraban los conflictos regionales y calientes de la guerra fría. Asia, el Oriente Medio y América Latina ocuparon la atención de eruditos y comentaristas, mientras Europa quedaba dividida en dos bandos. Uno era el oriental, congelado y condenado para siempre a ser satélites dóciles que paradójicamente servían a los intereses de ambos bloques como estados-tapón. Europa Occidental para los norteamericanos era reducida a una callejuela turística a imitación de Disney World (o del Pueblo Español del Montjuic barcelonés), a la que se regresaba para lavar la culpa histórica de Estados Unidos, la negación del legado europeo.

La situación a nivel universitario era tan escandalosa que en 1985 el Wilson Center encargó un estudio a John Talbott, de la Universidad de California en Santa Barbara. El panorama deprimente era que las universidades norteamericanas habían fallado en la organización de un programa coherente de Estudios Europeos. Entre las causas del desastre, se hallan las siguientes:

- Desviación (posteriormente a la guerra de Vietnam) de recursos a otras zonas del globo que habían sido ignoradas por Estados Unidos.
- Jubilación de grandes figuras académicas de origen europeo que se habían refugiado en Estados Unidos, huyendo del nazismo en los años 30 y 40.

El panorama global, sin embargo, era mucho más complejo, y el informe Talbott no era un caso aislado. Durante los mandatos de Carter y Reagan las voces de alarma se habían sublimado en otros informes confeccionados por múltiples comisiones. La Comisión Presidencial sobre Lenguas y Estudios Internacionales de 1979 declaró taxativamente que los Estados Unidos comenzaban a enfrentarse al resto del mundo en estado de interdependencia. Un miembro de la Comisión, James Perkins, explícitamente afirmaba que el aislamiento de Estados Unidos era un sueño que se debía abandonar.²⁴ Un lustro más tarde, la Asociación de Gobernadores del Sur, a través de su Consejo Asesor sobre Educación Internacional, emitió un patético y sucinto informe titulado «International Education: Cornerstone of Competition».²⁵

Aunque resulten bien conocidos para los especialistas y educadores, algunos detalles del informe son dignos de repaso y meditación:

- Estados Unidos es el único país que no exige fluidez en un solo idioma para ingresar en su servicio diplomático.
- El sistema universitario norteamericano es el único donde es posible conseguir un doctorado sin seguir un solo curso de idiomas.
- Solamente el 1 % de las escuelas primarias ofrecen idiomas.
- Un estudio de los conocimientos de 30.000 alumnos de nueve países entre 10 y 14 años de edad revela que los norteamericanos calificaron como penúltimos en el dominio de idiomas.

24. Para un resumen reciente de los postulados de estas comisiones, véase la exposición de Ambler H. Moss, Jr., «Our urgent needs for internationalization of education», Miami, May 4, 1990.

25. Noviembre 1986. Además de la convencional lista de dirigentes políticos en ejercicio, el Consejo contaba con la aportación del ex-senador William Fulbright, Charles Reed (Canciller de la Universidad de la Florida), y Ambler H. Moss, Jr. (Decano de la Facultad de Estudios Internacionales de la Universidad de Miami).

- Solamente el 8 % de las universidades tienen como requisito de ingreso el haber estudiado lenguas extranjeras en el bachillerato.
- Menos del 1 % de los estudiantes norteamericanos aprenden lenguas habladas por más de las tres cuartas partes de la población mundial.
- Solamente 6 de los 53 rehenes de Teherán podía conversar en farsi.
- Solamente el 5 % de los estudiantes de una gran universidad del sur pasó un examen elemental de geografía.
- El 73 % de los estudiantes universitarios no había tenido un solo curso de geografía.

El Senador Paul Simon, antes de que se postulara para la Presidencia, había redactado un libro,²⁶ en el que recordaba a sus conciudadanos que en 1925, el 36 % de los estudiantes norteamericanos de bachillerato estudiaba idiomas (contra el 10 % de hoy), mientras el 85 % de las universidades exigía el dominio de una segunda lengua (hoy solamente el 8 %). Solamente el 5 % de los graduados que pretenden ser profesores ha estudiado una cultura o una lengua extranjera.

En este contexto, Europa daba unas serias advertencias a la conciencia americana. El primer aviso fue la decisión osada de la Comunidad Europea de pasar a la acción en 1992. Esta vez iba en serio. De repente, Europa cambiaba de ser un jardín para turistas sembrado de ojivas nucleares a constituir una amenaza para la hegemonía norteamericana en esta parte del globo. La caída como fichas de dominó (Kennedy y Kissinger se equivocaron de mapa) de los países al este del Elba recordó de nuevo a los norteamericanos la existencia elástica de una Europa multicultural, de la que se sabe poco y lo poco que se conoce está recubierto por los estereotipos de la confrontación entre Washington y Moscú. Aunque Gorbachov no tenía planes a medio plazo para la evolución de su flanco occidental, tampoco Washington parecía poseer parámetros de contingencia. Apenas cuenta con la oscilación progresiva hacia el aislacionismo que pareció haber triunfado tras la debacle de Vietnam, después de la agri dulce experiencia coreana. Los vaivenes latinoamericanos pesaban poco (se intercambiaba el éxito de la República Dominicana por el fracaso de Cuba y se restañaban las heridas de Nicaragua con Granada y Panamá). El servicio militar voluntario era la prueba más palpable de la vuelta norteamericana a casa.

Los primeros golpes de piqueta contra el muro de Berlín se dieron (por coincidencia) el «Veterans' Day» (día «de los excombatientes», literalmente), una fiesta oficial norteamericana que tiene lugar en noviembre, gemela del Memorial Day que se celebra a principios de verano. Los «veteranos» son los que regresaron de las guerras. El Memorial Day está dedicado a los que no volvieron. Generalmente nadie se acuerda de ellos, tan ocupados están los norteamericanos en invadir pacíficamente playas y parques. El Veterans' Day tiene su origen en el día en que se firmó el armisticio de la Primera Guerra Mundial, que ilusoriamente se luchó para terminar todas las guerras. Solamente sirvió para que los alemanes, derrotados y humillados en un vagón de pasajeros, planearan la revancha que llegaría en el año 40 con la vergonzosa derrota de Francia, cuyos líderes precisamente fueron obligados por Hitler a aceptar las

26. *The tongue-tied American: confronting the foreign language crisis* (N.Y.: Continuum, 1980).

condiciones de la rendición en el mismo vagón de ferrocarril. El aislacionismo norteamericano con el que se abofeteó a Wilson y la Sociedad de Naciones tuvo que despertarse de repente con el ataque a Pearl Harbour: de allí hasta Hiroshima y Nuremberg la otra cara política norteamericana no paró hasta que castigó a los culpables con furia de pueblo elegido. Irónicamente, unos (los japoneses) se han convertido en sus competidores en el juego capitalista; otros (los alemanes) son protagonistas de la mayor estupefacción que Washington ha sufrido en décadas. El final feliz de la película al estilo de Hollywood (la derrota del sistema marxista) está retando a Washington.

La perplejidad ante la realidad báltica, la potencial balcanización real de la antigua (y mal llamada) Europa Oriental, y el futuro de Alemania se unen a la ignorancia del entramado étnico y lingüístico europeo en Estados Unidos, formado por inmigrantes descontentos de la intolerancia de los estados-nación (una lengua, una ideología y una religión). El urgente redescubrimiento norteamericano de Europa debe llegar a tiempo para 1992.

Contra Marx vivíamos mejor

Cuando Mijail Gorbachov comenzó su campaña para variar drásticamente las pautas de conducta en la Unión Soviética probablemente no sabía que iba a causar una revolución social no sólo en Siberia o en Bielorrusia, sino también una crisis de identidad en la mismísima Norteamérica capitalista.

Parecería que el reconocimiento de la debilidad del sistema marxista beneficia la imagen propia de Estados Unidos, abanderado del concepto ortodoxo del liberalismo. Los norteamericanos podrían admonizar al resto del planeta: el marxismo está condenado al fracaso y el futuro pertenece a la democracia liberal. El cambio en la Unión Soviética y las grietas del sistema en China tienen ya reverberaciones en Nueva York y en las grandes praderas. El marxismo se había incrustado en la sique norteamericana como rasgo de identidad negativo, pero tan irrenunciable como el béisbol y las autopistas, el pastel de manzana y el rock. Estados Unidos se quedó sin enemigo natural. No es un caso aislado. Ciertas nacionalidades y complejos culturales sufren del mismo síndrome. Se dice, por ejemplo, que el mayor mal de México es Estados Unidos, al que no puede renunciar, pretender que no existe y remitirlo imaginariamente a una playa del sur del Pacífico, por ejemplo.²⁷ Viceversa, Estados Unidos no puede renunciar a su mastodóntica dimensión y seguir el consejo de los prudentes y utópicos que proponen una política de moderado perfil («low profile») en Latinoamérica. Un elefante en un circo o en un zoo no puede comportarse de tal manera.

Estados Unidos basó sus señas de identidad desde la II Guerra Mundial sobre su negación del marxismo como filosofía, como práctica política y como alternativa. Simplificó la lealtad de diversas oleadas de inmigrantes sobre la pureza de fe negativa: no era necesario profesar activamente ideología alguna,

27. La ocurrencia original es de Carlos Fuentes. «We are going to live together for a long time... we cannot go to the South Pacific», declaró a Maria Schreiber en el programa de CBS Morning News, 19 diciembre 1985.

sino simplemente renunciar al diablo marxista, y a sus pompas y a sus obras. Diversos núcleos de intereses cimentaron su futuro y sus fortunas sobre esta placa fotográfica en negativo. Húngaros, polacos y cubanos pudieron decir durante décadas lo que la derecha postfranquista lamentaba: «Con Franco vivíamos mejor», y que la izquierda convirtió en el sublime «Contra Franco vivíamos mejor».

Estados Unidos comenzó a sufrir una crisis de identidad incurable desde que la espita abierta por Gorbachov se convirtió en una compuerta abierta sin remedio a las oleadas de libertad que pueden destrozarse irremisiblemente el estado soviético: el reto de los países bálticos es sólo el principio. El Pentágono (y el complejo industrial-militar) puede verse huérfano de su mayor justificación de existencia: «Contra Marx vivíamos mejor». No se descarta que los irreconciliables enemigos de la URSS y la China comunista reclamen su participación en la represión y la restauración del sistema tradicional. La perestroika se puede convertir en el mayor enemigo de Bush para triunfar en su mandato profesional con éxito. Apoyar el éxito reformista de su anteriormente enemigo irreconciliable («el imperio diabólico» de Reagan) es un número de circo con retos de consecuencias impredecibles. Implica también el cambio de las señas de identidad americanas. En el siglo XXI quizá en Chicago o Los Angeles se exclame nostálgicamente²⁸ que «Contra Marx vivíamos mejor». Usando como plataforma otra ceremonia de graduación²⁹ un afamado columnista del *New York Times* advertía a los graduados que el futuro era quizá más peligroso que el pasado conocido.

La conciencia norteamericana estaba acostumbrada a relacionarse con el resto del globo dividido en republiquetas situadas al sur, una Europa destrozada secularmente por guerras eternas, un Tercer Mundo que apenas levantaba la cabeza desde siglos de colonialismo y neocolonialismo apenas desvelado, y el bloque de economía marxista que solamente representaba una amenaza estratégica, pues quedaba borrado de proyectos de futuro al no ser posible que supusiera mercado de consumidores.

Estados Unidos (como Canadá y la mayor parte de los países latinoamericanos con gran base inmigratoria) está formado básicamente por dos polos opuestos de pensamiento, como dos hemisferios del cerebro que causan una personalidad esquizofrénica.³⁰ Uno considera que está castigado por vivir en este lado del globo y juzga que la civilización reside en Europa; el otro piensa, por el contrario, que la vivencia americana es lo más cercano al paraíso terrenal. Estos dos polos gozan de una alternante preponderancia según las circunstancias históricas, pero el nacionalismo americano consigue frecuentemente el

28. William Pfaff aludía a la reacción de Fukuyama así: «He concedes that he, himself, already feels nostalgia for when history still existed, when the Cold War had to be fought» («Human history is not over yet»), *The Miami Herald*, oct. 3, 1989, reproducido de *Los Angeles Times*.

29. Russell Baker, 11 de mayo de 1990, Universidad de Miami. Camilo José Cela también recibió un doctorado honorífico.

30. Adapto libremente los postulados de H.A. Murena en *El pecado original de América* (Buenos Aires: Sur, 1954). La columnista del *New York Times* Flora Lewis coincidía con esta tesis, pero la polarizaba en el aislacionismo, con respecto a los Estados Unidos y sus dilemas actuales: «it's time for the United States to get off the world. One side argues that there's no more reason to accept burdensome responsibilities, the other that America should stop interfering with everybody» («And for the U.S. to plot a fresh course», *The Miami Herald*, Feb. 24, 1990, reproducido del *New York Times*).

triunfo frente a los internacionalistas. Norteamérica pasa ahora por una fase de introspección, preñada de desconfianza, con respecto a Europa.

Antes del derribo del muro de Berlín, no era mera coincidencia que en el exterior el Departamento de Estado presionara a los aliados de la OTAN para que cooperaran más a la defensa del continente europeo, mientras en el interior el Departamento de Defensa estudiaba la posibilidad de cierre de más de dos centenares de bases militares obsoletas, algunas de objetivos tácticos tan desfasados como las «guerras indias» de la conquista del Lejano Oeste. Las decisiones de Gorbachov no hicieron más que añadir otros contundentes argumentos: Estados Unidos debía encarar una vuelta a casa escalonada.

Ante la perspectiva de 1992, con una Europa regida por el Acta Única, decisión reforzada por la reunión de los jefes de Gobierno de la Comunidad celebrada en abril de 1990 en Dublín, Washington teme que cuando cada uno de los países soberanos europeos delegue parte de su autoridad en el poder común, populísticamente sus gobernantes puedan sentirse tentados a cerrar las barreras hacia el exterior, y el primer perjudicado será Estados Unidos, acostumbrado a comerciar a su antojo. Es esa la percepción ilustrada con la expresión de la «Fortaleza Europa», adaptación de «Fortress Britain», acuñada durante la II Guerra Mundial.

Paradójicamente, la sociedad norteamericana se puede beneficiar de este conflicto. Los centros norteamericanos de investigación en la esfera internacional se han dedicado durante decenios al estudio de los enemigos o de las zonas en peligro de decantarse por el bando de sus adversarios, como América Latina. Así, por ejemplo, han proliferado en las universidades norteamericanas los dedicados a América Latina, al cercano y al lejano Oriente, e incluso los que se preocupan por África, pero Europa ha permanecido siendo una incógnita, apenas estudiada, sencillamente porque se daba por descontado y porque soterradamente se reconocía (a pesar del desprecio por las culturas de los abuelos) que era la casa ancestral. La abrumadora preocupación por cada uno de los aspectos más insignificantes de Centroamérica choca visiblemente con la ignorancia del conocimiento real que tienen los especialistas de relaciones internacionales sobre los hechos básicos y profundos de sociedades como la danesa, la griega y no digamos la portuguesa. España ha estado un poco más afortunada, por el detalle del idioma, crucial para la comunicación no con Europa sino con América Latina. 1992 brindará, por lo tanto, no sólo la conmemoración del descubrimiento³¹ de América sino también el descubrimiento del continente europeo. Para entonces se habrá avanzado un poco sobre la base de la tesis de Winston Churchill que decía que Estados Unidos y Gran Bretaña eran dos países separados por el mismo idioma. Estados Unidos (y Canadá) y la Comunidad Económica Europea son una misma civilización unida por la necesidad económica y separada por multitud de idiomas.

Europeos y norteamericanos, al contemplar las cenizas de Europa en 1945, tramaron el futuro del continente para garantizar que la barbarie bélica que lo había atenazado durante siglos no reviviera. El mérito se debe a la ayuda del Plan Marshall que hizo posible que los perdedores de la II Guerra Mundial

31. Encuentro, conquista, evangelización, genocidio, etc. No intento polemizar acerca del título.

fueran locomotora y primer vagón del nuevo tren milagroso. El sueño de reconstrucción se possibilitó también gracias al paraguas defensivo de la OTAN, que garantizó el tipo de sociedades y Estado que la recuperación necesitaba ante la amenaza del bloque soviético.

El origen del esquema actual europeo está en realidad anclado en las mentes de unos políticos doblados de intelectuales (al modo de los latinoamericanos del XIX) que diseñaron al principio de la década del cincuenta la Europa del final del milenio. Visionaron la neutralización de las disputas acerca de materias primas cruciales, causa de querellas que desembocaban en guerras, y luego lo que se llamó Mercado Común (la etiqueta fatal que desgraciadamente ha cundido) y finalmente lo que pomposamente se conoce como Comunidad Europea. De Gasperi, Monnet y Schuman simplemente propusieron una primera fase hacia una unidad no solamente política sino cultural, lo que ahora se identifica con una bandera azul y doce símbolos amarillos de cinco puntas. Al contrario de los próceres latinoamericanos, en lugar de tratar de fundar repúblicas en el aire mediante la aprobación de documentos constitucionales, vacíos de contenido práctico, prefirieron unos pactos económicos que fueran la primera piedra de todo el sólido edificio. El acuerdo sobre el carbón y el acero, EFTA, Euroatom y el Consejo de Europa eran algunas de las subvariantes de la primera etapa que debía dar paso a la segunda (que se está consumiendo ahora hasta 1992) y que será sucedida por la estructuración de la unidad europea bajo una forma idónea de federalismo. Los padres fundadores del sueño europeo no pensaban en un inmenso supermercado en el que todos los fabricantes del planeta pudieran llegar y depositar sus mercancías, al que todos los ciudadanos pudieran entrar y llevarse previo pago cualquier objeto de consumo. Sin embargo, dejaron que se agotara lentamente esta primera fase, ya que sabían que su generación traumatizada debía desaparecer para ceder su sitio a las nuevas nacidas después del conflicto.

Poco antes de que entre en vigor el Acta Única (el superacuerdo europeo que engloba toda una maraña anterior de reglas específicas), la imagen del supermercado de vecindario (la Europa que prefiere Margaret Thatcher) está todavía gozando de preeminencia en los centros de decisión políticos y económicos de Estados Unidos y otros países industrializados.

La Europa de 1992 se ve como amenaza para productos norteamericanos y japoneses y no como un proyecto cultural y político que a todos conviene, incluso a los soviéticos en repliegue y quizá por eso mismo inquieta a norteamericanos y japoneses.

Los miembros del nuevo parlamento salido de las urnas de las elecciones de junio de 1989 tienen vocación de constituyentes. Saben que en 1992 todos los ciudadanos europeos se podrán mover (o así se anhela) libremente por el continente, al igual que los niveles de sus salarios y sus inversiones. Saben también (como Jacques Delors) que deben proteger a los trabajadores en sus conquistas sociales de más de un siglo (horario laboral, vacaciones, seguridad social, jubilación, sanidad), ante la amenaza que representa un mercado abierto y sin apenas cortapisas (como prefiere Margaret Thatcher). Los legisladores saben que están destinados a quemarse en un mandato que no verá la constitución de un federalismo europeo. Prepararán el camino para que otro parlamento en el umbral del año 2000 que elija un Presidente europeo y un Consejo de Ministros no ya dependiente de sus respectivos gobiernos, como sucede ahora,

sino directamente responsable a la eurocámara, como personificación a su vez de la soberanía de sus ciudadanos.

Tres largas décadas se consumieron en llegar a 1992; bien vale la pena esperar otra más para que la bandera azul tenga más estrellas que representen algunos países nórdicos, Austria y quizá algún país que estaba en la órbita soviética, que se unirán a los últimos incorporados (Grecia, Portugal y España). Estados Unidos no tiene que temer este proyecto, sino fomentar la creación de una red de institutos y centros (siguiendo el modelo de los que se dedican a América Latina o el bloque soviético). Carlos Fuentes dijo hace algunos años: «Escucha, yanqui, México no es un pozo petrolero». Habrá que recordar ahora que Europa tampoco es sólo un supermercado.

Pero esta tarea no es fácil. Dos son las principales clases de obstáculos: la amnesia colectiva norteamericana que obligó durante casi dos siglos a los inmigrantes a que olvidaran su lugar de origen y la dispersión de la enseñanza en ramas electivas y dispares, sin apenas conexión entre ellas. Además, todavía hay un considerable lastre de formación en la prensa (consecuencia de lo anterior), que alimenta los miedos.³²

En el último lustro, sin embargo, el panorama editorial ha mejorado ostensiblemente, aunque los libros de divulgación seria sobre la nueva Europa siguen siendo escasos, mientras que los eruditos tienen demasiado ancladas sus fuentes en el desarrollo histórico de las grandes potencias tradicionales. En la divulgación periodística, por ejemplo,³³ se advierte frecuentemente que resulta riesgoso hablar de Europa como sinónimo de la Comunidad Económica Europea (u otras organizaciones paneuropeas), pero también se aventuran votos por la unificación progresiva, y con ella la estabilización y la moderación necesaria para el siglo XXI; viajeros y periodistas, sin embargo, siguen aquejados del síndrome tradicional por el que ven como más «europeizantes» a italianos y luxemburgueses, que españoles o daneses, por ejemplo. En el contexto más académico,³⁴ con respecto concretamente al desarrollo de Europa como potencia mundial, se recalca precisamente y con mucha reticencia (el lastre de la percepción de la «euroclerosis» es latente) su naturaleza *potencial* (como posible), además de su idiosincrasia excepcional entre los demás casos históricos de primeras potencias desde 1500 (España, Gran Bretaña, Francia, Japón, Ale-

32. Con respecto a la vieja historia multicultural europea, véase el informe de Bruce W. Nelan, «Resurrecting ghostly rivalries», *Time*, Jan. 29, 1990. El columnista conservador George Will es frecuente autor de artículos que no podrían ser considerados como modelo de relaciones públicas de la Comunidad Europea: «Europe has never been "Europe" in the sense of an entity» («Changes bring hopes of unity», *The Miami Herald*, 21 nov. 1989, reproducido del *Washington Post*). La percepción negativa y temerosa también está reforzada por los frecuentes informes reticentes, y frecuentemente sarcásticos, del semanario inglés *The Economist*, de gran circulación y lectura en los Estados Unidos (un ejemplo: «Deepeners versus wideners», Feb. 2, 1990).

33. Fruto de varias décadas de su privilegiada observación como corresponsal del *Washington Post* y del *N.Y. Times*, es sintomático el libro de Flora Lewis, *Europe: a tapestry of nations*. N.Y.: Simon and Schuster, 1987. Aunque discutible en numerosos puntos y detalles (el capítulo sobre España está plagado de errores y exageraciones), es recomendable porque responde a una influyente y representativa óptica de los Estados Unidos.

34. Paul Kennedy, *The rise and fall of the great powers*. (N.Y. Random, 1987). Aunque inglés de nacimiento y formación, el autor, profesor de Yale, refleja el punto de vista de la erudición académica norteamericana.

mania, Estados Unidos, Rusia), ya que es el único ente que no responde al modelo nación-estado.

El pecado original norteamericano, recordemos, consiste en la obligación de satisfacer el peaje de pérdida de la memoria histórica y cultural que no podía caber en la minúscula maleta traída por el inmigrante a Ellis Island. Salvo la excepción de algunos aspectos fundamentales de raíz inglesa, asumidos como propios tras la Revolución burguesa de 1776, al recién llegado paradójicamente se le pedían pocos requisitos para llegar a ser norteamericano: olvidarse del pasado, pagar impuestos y aprender inglés. Si en cualquier nacionalidad europea se podía decir que era muy difícil ser alemán o sueco, por ejemplo, aunque pudiera ser fácil vivir en Londres o Hamburgo, históricamente llegó a ser facilísimo ser norteamericano, además de resultar muy llevadera la aclimatación a la nueva residencia. La adopción por vía negativa era parte del sueño americano.

Los libros de texto reflejaban la historia occidental según el espejo en el que se miraban los herederos de la Reforma residentes en Nueva Inglaterra, que apenas cruzan el umbral de la lengua inglesa como no sea para saborear unos párrafos del francés incorporado ya por Londres. Europa era para los norteamericanos una vaporosa entidad superoccidental y vagamente nórdica, anglófona, poco sureña y mucho menos oriental.³⁵ De ahí que varias generaciones de norteamericanos desde las oleadas inmigratorias de finales del XIX se sometieron a un tratamiento de olvido histórico, reducidos todos los ingredientes de su cultura europea a unos compartimentos estanco, congelados en diversas ramas de la enseñanza. Así, por ejemplo, las niñas norteamericanas (y algunos niños) se afanaron en el aprendizaje del ballet sin que ellas ni sus familias repararan ni un solo momento en el significado cultural de *El lago de los cisnes* o de *El cascanueces*. Millones de lectores devoraron literatura europea sin contexto histórico o político alguno. Aprendices de violinistas o pianistas interpretaron automáticamente piezas de Beethoven, Bach, Mozart, Vivaldi sin reparar en ninguno de los aspectos de las culturas que las generaron. Los estudios clásicos quedaron reducidos a las declinaciones de los verbos, y el arte medieval o renacentista triturado por los críticos formalistas fascinados por el variado cromatismo o la disposición de las columnas.

Las múltiples culturas europeas eran recluidas en los salones de un museo esclerótico. Europa era una calle de Disney World, donde los transeúntes parecían *zombies* que hablaban lenguas incomprensibles apenas reconocibles en un par de años de escuela secundaria o universidad, viejas nostalgias de abuelos que avergonzados habían dejado de usarlas en el salón de la casa familiar y las habían relegado a la cocina o a la alcoba. La culpa del pecado original norteamericano era lavada mediante el periódico y fugaz viaje a la vieja Europa. «Si hoy es miércoles, esto debe ser Bélgica». Primero surgieron las tarjetas postales (como herederas de las revistas ilustradas del diecinueve), luego entró en funcionamiento la Kodak Instamatic, seguida de las diapositivas y finalmente el video: todos los avances técnicos se encargaron de momificar el paseo para

35. Incluso en los planes de estudios europeos (en la tradición de «estudios internacionales»), la atención prestada a Francia, Alemania y Gran Bretaña es exhaustiva, con perjuicio para el resto de Europa. Es la misma limitación sufrida por los programas de «literatura comparada» en las humanidades.

deleite de familias y envidia de vecinos (y fascinación de todos). El conocimiento norteamericano de Europa –sobre todo a nivel popular– no ha mejorado desde que los primeros paracaidistas liberaron a los residentes de Normandía y las avanzadillas de infantes impotentemente trataron de confortar a los muribundos de los campos de concentración. Encerrados en sus bases, apenas aprendieron los rudimentos del alemán, para no hablar del español mucho más asequible: generaciones de hijos de militares norteamericanos han pasado por Torrejón sin apenas recibir siquiera leves pinceladas de la cultura española.

Si este desconocimiento de las partes del todo europeo es preocupante, pero comprensible en la cultura de un imperio (solamente una minoría ilustrada de Roma asimilaba las letras y las artes de los griegos y otros pueblos conquistados), peor resulta la absoluta carencia de percepción de una conciencia sobre una identidad europea que está siendo definida voluntariamente a pasos agigantados. Ya no es cuestión de cultura y prestigio, sino de lo que maquiavélicamente y pomposamente se ha llamado «seguridad nacional».

BIBLIOGRAFÍA RECIENTE SOBRE ESTADOS UNIDOS Y LA COMUNIDAD EUROPEA

- Alting von Geasau, Frans A.M., ed. *Allies in a turbulent world: challenges to U.S. and Western European cooperation*. Lexington, Mass.: Lexington Books, 1982.
- Andrianopoulos, Argyris G. *Western Europe in Kissinger's global strategy*. New York, NY: St. Martin's Press, 1988.
- Barnet, Richard J. *The alliance-America, Europe, Japan: makers of the postwar world*. New York: Simon and Schuster, 1983.
- Beam, Jacob. *Multiple exposure: an American ambassador's unique perspective on East-West issues*. New York: Norton, 1978.
- Bethlen, Steven, and Ivan Volgyes, eds. *Europe and the superpowers: political, economic, and military policies in the 1980's*. Boulder: Westview Press, 1985.
- Butler, Richard, Sir. *Tensions in U.S.-E.E.C. relations: the agricultural issue: an occasional paper*. London: The Committee, 1986.
- Calleo, David P. *The Atlantic fantasy: the U.S., NATO, and Europe*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1970.
- Cerami, Charles A. *Alliance born of danger: America, the Common Market, and the Atlantic partnership*. New York, Harcourt, Brace & World, 1963.
- Committee for the Free World. *The Transatlantic crisis*. New York, N.Y.: Orwell Press, 1982.
- Committee for Economic Development. *The United States and the European Community: policies for a changing world economy. A statement on national policy by the Research and Policy Committee of the Committee for Economic Development*. November 1971. New York, 1971.

- Cosiola, Frank. *Awkward dominion: American political, economic, and cultural relations with Europe, 1919-1933*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1984.
- Curry Foundation. *Confrontation or negotiations: United States policy and European agriculture: reports from a public policy study*. Millwood, N.Y.: Associated Faculty Press, 1985.
- Dahrendorf, Ralf; Andrew J. Pierre y Theodore C. Sorensen, eds. *A widening Atlantic?: domestic change & foreign policy*. New York: New York University Press, 1986.
- De Porte, Anton W. *Europe between the superpowers: the enduring balance*. New Haven: Yale University Press, 1979.
- Douglass, Gordon K. and Steven Koblik, eds. *The New interdependence: the European Community and the United States*. Lexington, Mass.: Lexington Books, 1979.
- Eichenberg, Richard C. ed. *Drifting together or apart?: U.S.-European relations*. Cambridge, Mass.: Center for International Affairs, Harvard University; Lanham, MD: University Press of America, 1986.
- Garret, Stephen A. *From Potsdam to Poland: American policy toward Eastern Europe*. New York: Praeger, 1986.
- Goldstein, Walter, ed. *Reagan's leadership and the Atlantic Alliance: views from Europe and America*. Washington: Pergamon-Brassey, 1986.
- Gordon, Lincoln. *Eroding empire: Western relations with Eastern Europe*. Washington, D.C.: Brookings Institution, 1987.
- Gurland, Robert, and Anthony MacLean. *The Common Market; a commonsense guide for Americans*. New York: Paddington Press, 1974.
- Ilgen, Thomas L. *Autonomy and interdependence: U.S.-Western European monetary and trade relations, 1958-1984*. Totowa, N.J.: Rowman & Allanheld, 1985.
- Joffe, Josef. *The limited partnership: Europe, the United States, and the burdens of alliance*. Cambridge, Mass.: Ballinger Pub. Co., 1987.
- Knudsen, Bard Bredrup. *Europe versus America: foreign policy in the 1980s*. Paris: Atlantic Institute for International Affairs, 1984.
- Langer, Peter H. *Transatlantic discord and NATO's crisis of cohesion*. Washington: Pergamon-Brassey's International Defense Publishers, 1986.
- Laqueur, Walter. *America, Europe, and the Soviet Union: selected essays*. New Brunswick, U.S.A.: Transaction Books, 1983.
- Laqueur, Walter y Robert Hunter. *European peace movements and the future of the Western Alliance*. New Brunswick, U.S.A.: Transaction Books, 1985.
- Levine, Michael K. *Inside international trade policy formulation: a history of the 1982 US-EC steel arrangements*. New York: Praeger, 1985.
- Mee, Charles L. *The Marshall Plan: the launching of the Pax Americana*. New York: Simon and Schuster, 1984.
- Miller, Ruby M. *United States' foreign relations: Western Europe*. Monticello, Ill.: Vance Bibliographies, 1987.
- Miller, Ruby M. *United States's foreign relations: Soviet Union and Eastern Europe*. Monticello, Ill.: Vance Bibliographies, 1987.
- Pijl, Kees and der. *The making of an Atlantic ruling class*. London: Verso, 1984.
- Rice, Michael; Jonathan Carr; James A. Cooney, eds. *Reporting U.S.-European relations: four nations, four newspapers*. New York: Pergamon Press, 1982.
- Schnitzer, Martin. *U.S. business involvement in Eastern Europe: case studies of Hungary, Poland, and Romania*. New York, N.Y.: Praeger Publishers, 1980.
- Seton-Watson, Hugh; Roy H. Jenkins, and Robert Rhodes James, eds. *Tomorrows in Europe: the texts of the Virginia and Donald S. Russell lectures in history delivered at the*

- University of South Carolina in 1973*. Edited with a foreword and an index by George Curry. Columbia, University of South Carolina Press, 1973.
- Smith, Michael. *Western Europe and the United States: the uncertain alliance*. London: University Association for Contemporary European Studies; London; Boston; Allen & Unwin, 1984.
- Theobald, Robert. *Business potential in the European Common Market*. American Management Association, 1963.
- Treverton, Gregory F. *Making the alliance work: the United States and Western Europe*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press; London: Macmillan Press, 1985. UA646.3 .T74, 1985.
- Tsoukalis, Loukas, ed. *Europe, America, and the world economy*. Oxford; New York; B. Blackwell for the College of Europe, 1986.
- Viñas, Ángel. *European-Latin American relations in the east-west conflict: a Spanish perspective*. Madrid: Institute for European-Latin American Relations, 1987.